

sideracion de que entre todos los soberanos los Papas fueron los menos inclinados al ensanche de sus Estados. Entre ellos hubo varios que gozaron de extraordinario ascendiente, pero ninguno pensó jamás en incorporar á sus Estados un territorio extranjero como una conquista adquirida por medio de la guerra. Hasta el papa Julio II que recobró por medio de las armas el ducado de Parma, no apeló á la fuerza sino para defender derechos claros y evidentes, como mas adelante Clemente VIII se propuso recobrar á Ferrara, ya concedida en feudo á una familia determinada. Y ¿en qué otro reino, fuera de los Estados del Papa, hubiera podido conservarse independiente por espacio de tantos siglos, aunque comprendida dentro del territorio, la pequeña república de S. Marino?

Las grandes luchas que sostuvieron los Pontífices, nunca tuvieron por objeto sino la salvacion de la sociedad católica, amenazada por los príncipes ó los pueblos, que intentaron en vano esclavizar la Iglesia ó destruir el cristianismo. La Iglesia de Dios no puede ser esclava de nadie; por esto los que la gobiernan, deben esponerse á toda clase de peligros por la libertad de la misma. Los musulmanes, vencedores del mundo cristiano en Asia y en Africa, amenazaron al cristianismo en Europa. Los Papas fueron sus enemigos mas temibles: los legados de Gregorio III reanimaron en Poitier el celo y el valor de los cristianos: S. Leon IV defendió á Ostia contra los sarracenos: Silvestre II llamó á las armas á toda la Europa cristiana para atacar á los mahometanos: Juan X se alió con el emperador Berenguer y con los soberanos de Nápoles, tomó personalmente el mando del ejército, y derrotó completamente en el Gargliano á las huestes sarracenas: Benedicto VIII reunió á los italianos, púsose al frente de ellos y esterminó á los sarracenos que habian desembarcado en Toscana: Victor III hizo resolver á los pisanos y á los genoveses á enviar á Túnez una escuadra que obligó á los musulmanes á devolver un crecido número de esclavos: Urbano XI convocó el gran Concilio de Plasencia donde se dispuso proceder á la primera cruzada, y desde entonces los Pontífices dirigieron y sostuvieron la resistencia de los cristianos, los cuales consiguieron por último poner definitivamente coto á la invasion musulmana. En todas partes donde se dió un gran golpe contra los sectarios de Mahoma, se descubre en primer término la direccion y la influencia de los Papas....

Roma y los católicos hubieran triunfado sin duda antes y por completo del mahometismo, si las continuas disidencias entre los príncipes cristianos, y los disturbios promovidos por los emperadores, y el cisma de Occidente, y el protes-

tantismo no hubiesen menguado muchas veces la influencia del Pontificado sobre una gran parte de la Europa. Los escritores de los siglos XVII y XVIII en que dominaba un despotismo diametralmente opuesto á la libertad religiosa, casi todos desconocieron la parte y la mira que cupo á los Papas en la lucha de los güelfos y gibelinos. A últimos del próximo pasado siglo algunos hombres de talento, echando de ver el extremo á que conduce la servil sumision de la autoridad espiritual al poder civil, tomaron con empeño la defensa de los Papas de la edad media, y demostraron que estos Papas fueron los campeones de la civilizacion y de la libertad de los pueblos. Esta actitud de los escritores eminentes se ha conservado hasta nuestros dias, y los que mas han consultado la historia, sean católicos ó protestantes, profesan de cincuenta años acá la propia opinion. Juan de Muller y Voigt se espresan casi en iguales términos que José de Maistre; Rank que no renunció al protestantismo, está acorde con Hurter que se hizo católico. Por consiguiente fuera una temeridad examinar si los Papas en la edad media abusaron "de esa soberanía universal que era respetada sin disputa por una opinion no menos universal." La circunstancia de haber negado los emperadores la independendencia espiritual del Pontificado, y de conocer que los Papas trataban de satisfacer la necesidad de un poder moral independiente, suficiente para impedir ó reprimir los abusos de la fuerza, justifican el uso que muchos Papas hicieron de esta soberanía que la opinion pública les otorgaba. Lo que importa examinar es si S. Gregorio VII y sus sucesores, al oponerse á las pretensiones imperiales, prestaron ó no un servicio á la sociedad.

Enrique VI habia exigido poco antes á Nicolás II la confirmacion del privilegio concedido á su padre para que no se consagrara al Romano Pontifice sin que antes se sometiese la eleccion del Papa á la aprobacion del emperador. Este príncipe, que imitando la conducta de muchos antecesores suyos, aspiraba á una monarquía universal, quiso arrogarse la autoridad suprema en materias religiosas para someter la Europa entera á su dominacion. Al efecto se arrogó el derecho de convocar concilios, deponer Pontífices y sustituirles otros de su devocion, dar á un tiempo á los prelados y á los abades la investidura eclesiástica y la feudal. ¿Qué hubiera resultado si los Papas hubiesen cedido á sus pretensiones? Por la falta de influencia religiosa, por la corrupcion de las costumbres y por la ninguna energia de los caracteres, el Occidente hubiera venido á la triste condicion de la sociedad griega, el Papa, dice Juan de Muller, fué el tutor de los pueblos, el fundador de la gran

comunidad que se denomina la cristiandad, *la Cabeza concedida por el cielo para hacer frente á la preponderancia del emperador*. El emperador podia imponer un yugo; la cristiandad habia menester un alma; el Papa se la dió y solo el Papa podia dársela. Voigt, escritor protestante, no tiene reparo en denominar á Gregorio VII *la maravilla de su siglo*. Y en efecto, es un espectáculo verdaderamente admirable el que ofrece la invencible energia de este Pontífice, perseguido y asediado por su poderoso adversario, que constantemente le oponia algun nuevo antipapa hasta crearlos en número de siete. Pero Hildebrando se conservaba no menos inflexible cuando estaba cercado en el castillo de S. Angelo por tropas del emperador que cuando se veia victorioso y rodeado de ejércitos triunfantes. A Enrique IV le tocó la desgraciada suerte que ha cabido á todos los enemigos desleales de la Santa Sede; murió de repente mientras estaba en guerra con sus propios hijos.... El convenio firmado en 1122 con Enrique V, y que fué parte para dar por algun tiempo tregua á la lucha, probó la legitimidad del derecho que asistia á los Papas; así que firmaron la paz, luego de haber accedido el emperador á dejar en completa libertad las elecciones de Sumos Pontífices y prelados, y se contentó con dar al obispo ó al abad la investidura de la regalia en virtud de la cual el feudatario solo quedaba obligado á los deberes de súbdito y de vasallo, dependientes de la prerogativa civil del soberano.

La Iglesia salió triunfante de la lucha, pues al fin conservó los Estados de la Santa Sede, y salvó la libertad é independencia de la misma; mas antes de conseguir este resultado los Papas hubieron de sufrir muchos disgustos, y los romanos é italianos cometieron grandes errores que pagaron cruelmente. Semejantes errores empero no admiran al que conoce la triste época en que se cometieron, que fué á últimos del siglo noveno y del décimo. Las órdenes religiosas, gran número de obispos y por último algunos Papas no habian podido triunfar completamente de las costumbres brutales de aquellos tiempos, ni permanecer ajenos é inmunes de toda mancha. Los vicios del paganismo no habian desaparecido aun, y las razas conquistadoras conservaban todavía el elemento de la fuerza. Al empezar el régimen del feudalismo, el poder supremo perdió mucho de su esplendor, puesto que todos los barones eran unos despotas poco menos que independientes: solo la Iglesia conservó alguna autoridad sobre los pueblos. Pero la presión, aunque indirecta, de los señores romanos ó de los emperadores en las elecciones pontificias impidieron acaso que los resultados fuesen tan satisfactorios como podian desearse.

Por último plugo al cielo que los grandes Papas del siglo XI restablesen la independencia de la Iglesia. A pesar de los desórdenes de los romanos, la mayor parte de los italianos apoyaron al Pontificado en su lucha; de ahí fué que la civilizacion y la libertad, empezando á desarrollarse en Italia, se propagaron por todo el mundo."

Para comprender toda la influencia que tuvo la política de Gregorio VII, basta realmente traer á la memoria el cuadro de los acontecimientos en que tuvo parte y las condiciones de la sociedad en que le tocó vivir. A los males intrínsecos de la corrupcion de las costumbres añadióse el germen de disturbios, vejámenes y excesos que trajo consigo el feudalismo. Para poner remedio á estos males que generalizaban á todas partes una opresion deplorable, Gregorio VII preparó sin pensarlo tal vez una serie de acontecimientos importantísimos que habian de contribuir á la futura destruccion del sistema feudal; ya se comprenderá que aludimos á las cruzadas. Si Gregorio VII no hubiese sostenido con tanto teson su ruda lucha con el imperio, la Santa Sede no hubiera adquirido junto con su glorioso triunfo el gran prestigio á que se vió elevada despues de dicha guerra la suprema autoridad de los Papas. Desde entonces la Santa Sede pudo ofrecer á los pueblos un centro comun, una autoridad que tan relevantes pruebas acababa de dar de su robustez é independencia, una autoridad á cuya sombra podian refugiarse con seguridad los pueblos, una autoridad que podia ponerlos en movimiento sin mas que apelar á los principios salvadores de la sociedad, sin mas que invocar los fueros de la razon y de la justicia. ¿Quién sino los Papas tenia entonces prestigio suficiente para inspirar confianza á los pueblos y alentarlos en medio de los males que los rodeaban y en vista del nebuloso porvenir que les preparaba el desarrollo del feudalismo?

Donde quiera que se vuelva la vista no se descubre en parte alguna una esperanza consoladora para los pueblos como no sea en la autoridad y supremacia de los Romanos Pontífices triunfantes en su grandiosa lucha con el imperio. Los señores feudales que con tanta profusion se derramaron por ciudades y comarcas, no tendian mas que á propagar el despotismo bajo su forma mas repugnante, porque el poder despótico, cuando se concreta á menor espacio, es mas severo é insoportable. El feudalismo por otra parte era una constante rémora al espedito ejercicio del poder real, de modo que los pueblos ni aun podian contar con que los monarcas tuviesen vigor suficiente para librarlos de los vejámenes de los señores feudales, á pesar de que los mo-

narcas eran los primeros interesados en que desapareciese esa traba de los derechos señoriales. El feudalismo era un origen continuo de cuestiones y desavenencias que en aquellos tiempos no se zanjaban ni podían zanjarse más que con la lógica de las armas; y los vasallos habían de estar á merced de sus señores. De esta suerte el despotismo era mayor, porque cuanto más crecido era el número de los señores, menos podían librarse los vasallos, individualmente considerados, de las vejaciones personales de que eran objeto; y de ahí resultaba que el feudalismo no era pura y simplemente la muerte de la libertad, sino la negación de toda libertad, tanto la libertad colectiva de derecho á que con justicia deben aspirar los pueblos en pro de su independencia, como la libertad individual y personal que es la atmósfera que ha de dar vida y expansión á los hombres. Malo puede ser el despotismo en poder de un hombre, pero peor mil veces ha de ser cuando está en poder de muchos hombres.

Pues bien; si los pueblos bajo el imperio del feudalismo, después de diezmarse en continuas luchas no podían prever otro porvenir que el de su abyección progresiva, si el poder monárquico era impotente para emanciparlos de tan ominosa sujeción, ¿podían menos de acoger con júbilo la preponderancia de un poder que como el de los Romanos Pontífices se levantaba á grande altura sobre los demás poderes constituidos? Y si el poder pontificio era la única garantía de la futura emancipación de los pueblos sometidos al duro yugo del feudalismo, ¿se culpará á los Papas por haber aspirado á esa preponderancia que fué la inmediata consecuencia de la célebre lucha con el imperio? ¿Se querrá que se dé el nombre de ambición política á ese deseo de adquirir tan extraordinaria preponderancia? Enhorabuena; pero ¿acaso no hay ambiciones dignas, que enaltecen á los hombres y que exigen gran talento, mucha virtud y miras muy nobles? Pues tal fué la ambición de los Papas, y esa ambición es su mayor título de gloria.

Fuera de esto; ¿de qué les aprovechó personalmente esa ambición? ¿de qué les aprovechó aun considerándolos como monarcas de sus pequeños Estados? ¿qué engrandecimiento se procuraron? ¿qué ventajas territoriales obtuvieron? Ninguna, y recuérdese que suya fué la gloria del vencedor en la gran lucha que sostuvieron, suyo fué el triunfo; y sin embargo solo emplearon las ventajas de su posición en beneficio de los pueblos. Al suscitar la colosal empresa de las cruzadas, se propusieron aglomerar las fuerzas que se malgastaban en estériles luchas intestinas, levantar la aspiración de los señores feudales á miras más nobles, y halagarlos con la gloria, con la erección de otros poderes en los

territorios que iban á conquistarse, y apartar de las comarcas civilizadas la amenaza constante del mahometismo. Los Papas salvaron por este medio la civilización, salvaron á los pueblos de la inmediata y fatal influencia del feudalismo, noble y elevado propósito que si por la índole de los medios que se pusieron en práctica, quiere llamársele ambición política, por sus miras y resultados debe calificársele de verdadero progreso, de una verdadera regeneración social y religiosa.

Si pues los Papas obraron por ambición, los pueblos se aprovecharon de ella por libre y espontáneo consentimiento de los Papas; y una ambición de semejante índole lejos de ser un demérito enaltece al que tiene alma para concebirla y corazón para llevarla á término. Hé aquí como en la conservación del poder temporal de los Romanos Pontífices, lejos de encontrar la violencia de la resistencia, solo se descubre un empeño en desaprovechar todas las ocasiones de aumentar su territorio ya por medio de incorporaciones forzosas, ya por otros conceptos más fáciles y espeditos. Antes de empezar Hildebrando su célebre lucha con el imperio, conservaba bajo su jurisdicción temporal los mismos dominios que legó á sus sucesores después que salió vencedor en tan colosal combate; ¿no podía haber dictado condiciones al vencido ¿no podía haber exigido hasta á los pueblos en general un acrecentamiento de territorio para mayor garantía de su independencia, ya que de esa independencia hacía tan ventajoso uso en beneficio de los pueblos y del porvenir de su civilización? Y si á pesar de todo no se les ocurrió á los Papas aprovecharse de tan favorables circunstancias en beneficio suyo personal, no se cometa el desatino de calificarlos de ambiciosos ni de suponer que solo la indolencia de los pueblos y la violencia de los Papas pueden haber conservado unos dominios que nunca han sido bastante grandes para formar un Estado que pudiera hacer sombra á los demás Estados.

Más ya que en este punto por la grandeza de la empresa civilizadora que los Sumos Pontífices llevaron á feliz término, no podemos dar un colorido político y de interés personal á su conducta, vamos á ver si concretándonos á circunstancias de localidad descubriremos ese espíritu político, mezquino, bajo, ajeno completamente á las miras grandes y nobles del Pontificado considerado como árbitro supremo de los derechos de los pueblos y del porvenir de la civilización. Por desgracia las circunstancias políticas en que se encontró sumida la Italia en aquella sazón, prestan ancho campo al estudio de los antecedentes de un hecho tan

significativo como lo fué la traslacion de la Santa Sede fuera de la ciudad eterna, fuera de la capital del mundo católico, fuera de los Estados Pontificios. Permítasenos, puesto que lo requiere por su importancia, destinar un capítulo especial al exámen de un acontecimiento histórico que forma época en los anales del gobierno temporal de los Romanos Pontífices.

## CAPITULO VIII.

### Traslacion de la Santa Sede á Aviñon

LA situacion política de que llevamos hecho mérito en el capítulo anterior, nos dá la esplicacion del desarrollo que el feudalismo tuvo en Italia y por consiguiente en los Estados Pontificios. Formáronse en Italia dos partidos políticos, los güelfos y los gibelinos; en estos últimos estaba representado el principio de la fuerza del poder seglar envalentonado por su orgullo. La mayor parte de los señores feudales aspiraban á su independencia hasta el punto de negarse á recibir y reconocer el yugo de cualquiera otra superioridad. De esta suerte la nobleza feudal aunque dividida en realidad por la lucha de los intereses particulares, estaba compacta en punto á rechazar los poderes constituidos que se oponían por su misma naturaleza al desenvolvimiento del poder feudal; así fué que diferentes señores cuyas posesiones radicaban hácia la parte de Italia donde alcanzaba el dominio temporal de los Papas, se atrevieron á desafiar con su despotismo á la autoridad de la Santa Sede, y llevaron hasta la misma ciudad de Roma los esfuerzos por socavar el trono de los Pontífices: así vemos ya introducirse el elemento exclusivamente político en la rebelion promovida por Arnaldo de Brescia, quien para mover al pueblo prometió devolverle la importancia que tuvo en lo antiguo el pueblo rey, restableciendo al efecto la forma republicana. Semejantes disensiones indujeron á los emperadores á emplear sus fuerzas y su poder contra la Santa Sede, mas no precisamente para favorecer á los señores feudales sino para aprovechar en beneficio propio los dominios de los Pontífices. Esta lucha continuada debía traer consigo un resultado de im-

ROMA.—P 10.